

---

---

## CAPITULO XI

EL PARTIDO PORFIRISTA Y LOS QUE LO CONSTITUYEN.

### I

**A** la muerte del señor Juárez, quedó el poder en manos de un grupo de políticos que no supieron cumplir con los compromisos contraídos. Aunque las circunstancias hacían casi imposible pensar en el fiel cumplimiento de lo pactado, sin embargo, podían aquellos políticos haber manifestado intenciones siquiera y buena disposición para solventar las deudas adquiridas con las demás facciones del partido triunfante; mas, sea porque en las grandes alturas del poder todo contrato se olvida, sea porque los compromisos se hicieran en fuerza de las condiciones en que se encontraba el país, para contener el ímpetu de los descontentos, lo cierto es que el grupo en cuestión no se preocupó en satisfacer á los que lo ayudaron en el triunfo, una vez ascendido á las prominencias de la república.

El gobierno estaba, se puede decir, en manos de hombres civiles, quienes se rodeaban de muy pocos

militares, los indispensables para afrontar las circunstancias en un evento de nuevas revueltas. Esta medida se había tomado, no precisamente para recompensar los servicios que el ejército había prestado, sino para tener á un elemento de fuerza efectiva á la disposición, y poder retener por las armas el poder, en el caso no remoto de un levantamiento de los relegados al olvido.

Pero, aunque los directores de aquellos políticos civiles se procurasen una permanencia larga al frente de la cosa pública, ésta iba de mal en peor. Y el resultado no se hizo esperar mucho.

Vencidos completamente los imperialistas, fusilados Maximiliano y sus dos generales de más mérito y valor, ya no hubo necesidad de los servicios de muchos militares liberales, que habían expuesto sus vidas en los campos de batalla. Reservándose el número suficiente para la tranquilidad interior, los demás fueron dados de baja. Entre éstos había generales de méritos indiscutibles, á cuyos servicios se debió tal vez el triunfo de la república, y al lado de ellos existían otros militares de buena hoja y mejor cepa. Por consiguiente, unidos los segundos á los primeros, pidieron las recompensas por servicios prestados, y el gobierno, con ardides y embustes, los estaba entreteniéndolos, como á niños de pecho á quienes la niñera calla con la aplicación de una tetera á la boca. Esta táctica pudo retardar la explosión de ira, pero jamás hacerla olvidar; pudo ir conteniendo los ánimos, pero no sofocarlos por completo. ¿Serían ineptos los poseedores del poder? Sobre este punto, es por demás discutir. No puede ser apto quien no

sabe encontrar los medios eficaces para arrancar de raíz un mal.

Se dirá que pudieron encontrar esos medios—y de hecho los palparon—para dejar bien sentada la paz de la nación, pero no quisieron hacerlo. En este caso, sube de punto la gravedad. Los gobernantes que, teniendo en las manos los grandes remedios, no los aprovechan, son, además de ineptos, criminales; porque posponen el bienestar de la patria á sus propios intereses personales; le dan á la ambición alas para volar, y he aquí el pedestal en que descansan todos los tiranos que ha habido en el mundo.

Se pudo comprender entonces que el elemento civil es incapaz de gobernarnos, tal vez porque los pueblos de sangre española necesitan la espada de Damocles para obedecer: puede más en el ánimo del mexicano el brío del acero que el poder de la palabra, el estallido del cañón que la fuerza del parlamento. ¿Cuanto mejor fuera que estuviésemos dispuestos á acatar la ley sin la fuerza armada? Nuestra condición nos pondría entonces á la más grande altura republicana. Pero ¿acaso podemos aprender cosas tan difíciles en menos de cincuenta años de vida? En tan poco tiempo, no se aprenden instituciones tan perfectas. Somos nuevos en la vida democrática y en nuestras venas se agita una sangre de revolucionarios, acostumbrada á batallar siempre.

No era posible, pues, que el gobierno de los políticos civiles satisficiera las ambiciones del pueblo. Los militares descontentos, no conformes con esperar eternamente, se levantaron en armas contra el gobierno constituido. ¿Tuvieron razón? Sobre este

punto tampoco cabe la duda. ¿Por qué habían de tener mayores derechos los que retenían el poder? Para llegar á él, éstos no habían expuesto su sangre; mientras que todos los que estaban relegados á la ingratitud habían sostenido, con peligro inminente de su vida, la soberanía nacional con la punta de la espada y en los sangrientos campos de combate.

Esto, por una parte; por la otra, los gobernantes han de subir al poder mediante el consentimiento de la mayoría. Ninguno tiene derecho al ascenso sin previo asentimiento del pueblo. Por lo mismo, los retenedores de la Presidencia, á fuer de no cumplir con su noble misión, permanecían en ella arbitrariamente. ¿Quiénes eran los que debían destronarlos? Los conservadores estaban fuera de cortadura, porque habían caído, tal vez para jamás levantarse, y la vergüenza los hacía omitir votos y opiniones. No perdieron éstos sus derechos constitucionales como ciudadanos, pero tampoco estaban en aptitud, derrotados y vencidos, de volver al mando: en la derrota, quedaron á entera disposición del vencedor. De manera que no podían alzarse para protestar, sin exponerse á un nuevo fracaso.

En esta coyuntura terrible, siendo liberales los nuevos fariseos, á los verdaderos liberales les quedaba el derecho de llamarlos al orden y al acatamiento de las leyes reformadas y puestas en vigor. Tenían, para esto, poderosas razones que argüir y alegar, porque ellos fueron los verdaderos héroes de la campaña pasada; aun oían los aplausos del pueblo á su paso triunfal por ciudades y villas.

Además, disponían todavía de fuerza suficiente pa-

ra afrontar una nueva guerra, y la victoria sería segura, teniendo los generales más ameritados en sus filas.

## II

Efectivamente, no habiendo conseguido nada las pacíficas solicitudes, se apeló al poder de las armas. Todos los militares más prominentes obedecieron á la voz de mando, y se emprendió la jornada militar.

En torno del jefe más ameritado y distinguido se congregó la multitud más aguerrida y, al compás de los clarines, suena de nueva cuenta la lucha.

Aquel militar de porte distinguido y oprimiendo el lomo de brioso corcel, es el jefe del ejército que se levanta en contra del gobierno; á su voz de mando, todos prestan obediencia absoluta: era el general don Porfirio Díaz, el mismo seminarista de Oaxaca, el que mandaba á aquella tropa. En rededor de él estaban sus amigos y partidarios, que, también como él, no pudieron sufrir á los perjuros.

Nunca los valientes fueron vehículos de malos gobernantes, porque tales papeles son propios de los cobardes, que jamás han conocido el decoro. ¿Podría el señor general Díaz, el invicto militar que se arrojó al combate por salvar á la patria, aceptar aquella condición de gobierno que iba precipitando al país en un profundo pozo, con progreso, estabilidad, leyes, orden y todo? ¡Imposible! El pecho de ese aguerrido soldado no estaba hecho para soportar los crímenes que se cometían en nombre de la ley y á los ojos de todos los habitantes. Había combatido

por el bienestar de la república; éste aun no llegaba: luego su misión no había terminado. Sólo que antes luchó contra sus enemigos de principios é ideas, ahora el combate se emprende contra los mismos suyos, que no han cumplido con ellos. ¿Cómo habría de quedarse quieto, callado y sumiso en frente de quienes ultrajan las ideas que él bautizó con su propia sangre?

Estando á la expectativa como sus demás compañeros, liberales del mismo molde, la indignación volvió á hervir en su pecho, y el corazón del glorioso militar, palpitando aún por tanto triunfo y recogiendo las palmas de las victorias anteriores, estalla y su explosión suena en los oídos de los malos gobernantes. Con aquel estruendo, salido de un pecho bien probado en los campos de batalla, tembló el gobierno y su personal, creyendo ya en su definitiva caída.

Bien conocían al caudillo y sabían que á sus esfuerzos y tentativas nada ni nadie podía oponerse, porque la resistencia sería más pasajera que el ligero soplo de la brisa que posa sus ondas en las hojas de los árboles. Las esperanzas podrían aún abrigarse, si los liberales desidentes hubiesen elegido otro jefe que no fuese el general Díaz. Pero ¿quién más idóneo, más ameritado, más valiente y de más prestigio que él? Ninguno gozaba de las simpatías del pueblo y del ejército más que él; por consiguiente, curándose aún de sus heridas, ciñó la espada y se puso á frente de los que habían—en breves días—de derrocar á los liberales de mal cuño y de cuyo gobierno esperaba México su total ruina.

Jefes, generales y ciudadanos, se fijaron en él, co-

mo único ángel salvador. Aceptada la propuesta, se lanzó á la campaña como militar comandante de las fuerzas y sostenedor de su propia candidatura á la Presidencia de la república. No tardó mucho el triunfo, precedido de una proclama de este tema: «La república, para restaurar tantas heridas, necesita gobernantes probos, honrados y á voluntad del pueblo. Mientras en el poder haya hombres que posponen los intereses nacionales á los particulares, una reconstrucción de las fuerzas perdidas es imposible. Por manera que, ayudado de todos los buenos mexicanos que estuvieron conmigo en los campos de sangre, exponiendo sus vidas en defensa de la soberanía del pueblo, sabré cumplir con el difícil cargo que mis compatriotas ponen sobre mis hombros. Contando, pues, con la voluntad férrea de ese pueblo altivo, abnegado y noble, de cuyo seno han surgido tantos sabios y tantos héroes, haré POCA POLÍTICA Y MUCHA ADMINISTRACIÓN. Sólo así alcanzaremos los altos fines y los grandes ideales que hemos perseguido para sostener nuestra unidad nacional y entrar, con los poderosos elementos de que disponemos, en el concierto de las naciones más prósperas y civilizadas del globo.»

Aquella proclama, después del Plan de Tuxtepec, en donde obtuvo el triunfo decisivo el general Díaz, ha venido desarrollándose y cumpliéndose al pie de la letra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## III

El caudillo asciende al poder en medio de la aclamación general, rodeado de la admiración de toda la república. Era conocido como militar, pero no como gobernante. ¿Sabría llenar los deseos del pueblo? Batiendo aún palmas de victoria por el triunfo del general Díaz, todos hacían la anterior pregunta.

La mayoría del país tenía confianza en él, porque, en medio de tanto militar revolucionario, sólo la figura de él aparecía como simpática é imponente. Tenía prestados grandes servicios á la causa de la nación. Como soldado resuelto y aguerrido, jamás conoció el miedo, y supo captarse el aprecio de la tropa que mandaba; como jefe, fué admirado y querido. Aquel cariño, ¿no podría reflejarse en su vida de gobernante?

Desde que comenzó á pelear, el pueblo lo amó; formó de él un ídolo: el pueblo no se equivocaba; conoce á quien distingue y ama.

Es evidente que aquellás demostraciones de júbilo, aquel aprecio desmedido hacia el militar y aquel regocijo del pueblo mexicano, fuesen estímulos para el nuevo gobernante. ¡Cuántas veces los hombres se dulcifican en vista del general aprecio que los rodea! El cariño y la ternura desarmen el enojo en los pechos generosos y nobles.

El señor general Díaz, al empuje del militar valiente, une un marcado sentimiento de profunda gratitud: si hay hombres que no olvidan las acciones buenas,

él es el primero de ellos. Tal vez esta desarrollada virtud sea la que lo ha hecho ser admirado por propios y extraños.

Las aclamaciones del pueblo, el júbilo con que éste lo recibió después del triunfo de Tuxtepec, y la confianza que en él depositaron todos los ciudadanos, fueron un estímulo alentador y un ejemplo admirable para el nuevo Presidente. Todas estas manifestaciones las llevó siempre conservadas en el altar que les levantó en el alma, para hacer de ellas una remembranza durante el curso de su vida, cual corresponde á los hombres grandes del temple del victoriado en el Plan de Tuxtepec.

Desde entonces, sus compatriotas se unieron á él. Algunos, sobre todo conservadores, vivieron alejados, desconfiando de su estabilidad en el poder. Creyeron que aquel gobierno era efímero, de difícil duración. Para esto, tenían presentes á los anteriores gobiernos y el estado que guardaba la república, el cual, según veremos, no era nada halagador.

Los predecesores del señor Díaz no fueron capaces de sostenerse, por más que lo pretendieron. ¿A qué obedecía esto? ¿Era indomable el pueblo mexicano? ¿O estaba predestinada la nación á sufrir las constantes pulsaciones que durante el siglo XIX la conturbaron? ¿Ya no era posible que fijara su soberanía? Las Leyes de Reforma, ¿eran inaccesibles á los espíritus tempestuosos? ¿No podían estas leyes ser adaptables al medio en que vivía el novel pueblo soberano? ¿Los enemigos trabajaban en las sombras para desprestigiarlas, ó su misma grandeza las ponía fuera del alcance de un país belicoso? ¿O faltaba

un hombre tan alto como ellas, para obligar su obediencia ó acatamiento?

Los filósofos de la historia se pierden en conjeturas á este respecto. Vivía la mayor parte de los constituyentes, y un constituyente se hallaba en el poder; sin embargo, la Constitución era letra muerta. Puedo asegurar que los primeros que la desconocieron fueron los que la votaron, desde el momento que los mismos gobernantes desoían sus preceptos. Tales eran los errores constitucionales, que nadie podía abrigar la esperanza de que se llevara á cabo la promulgada Constitución de 57.

No hay que olvidar tampoco que nuestro Código Constitucional fué hijo de las circunstancias; pero menos hay que olvidar que estas circunstancias aun permanecían en pie. Las ocasiones que favorecen el dictamen de leyes especiales, no pasan tan rápidamente; desaparecen, sí, después de un período histórico largo. ¿Qué lapso de tiempo había corrido? Bien corto, por cierto.

La razón única que autorizan la lógica y el buen sentido, es que ninguno pudo poner en práctica las nuevas leyes dictadas por el Partido Liberal. Se encontraban á tan grande altura, que ninguno pudo llegar á donde ellas estaban. Y es imposible hacer cumplir lo que se desconoce. Podría haberlo hecho el señor Juárez, el Presidente de hierro; porque quien tuvo valor para dictarlas, le sobraba resolución para hacer que se cumplan. Mas el señor Juárez ya no existía . . . .

## IV

En tales condiciones, asciende á la Presidencia el señor general Díaz. Afortunadamente, la fama adquirida en los campos de guerra era grande, y muchos auguraban feliz éxito al nuevo Presidente.

Tomada posesión del poder, comenzó el general Díaz á desplegar una actividad inconcebible en los despachos del gobierno; actividad que aun dura, después de veinticinco años de una labor ardua y complicada. ¿Qué importaba el deplorable estado en que se encontraba la nación? Elementos de riqueza había, solamente hombre y ocasión habían faltado; éstos, con su presencia, ya estaban completos. El general Díaz así lo comprendió.

Eligió su gabinete entre sus amigos, y repartió todos los puestos entre personas que fueron de su entera confianza. Esta conducta fué el triunfo decisivo y lo exhibió como un estadista de altos vuelos.

De los suyos á nadie olvidó. Repartió recompensas á todos los servidores de la nación. Este paso le atrajo las simpatías de todo el pueblo, porque comprendió éste inmediatamente que el general Díaz era el Presidente que necesitaba.

Los destinos del país cambiaron; el progreso entró de lleno. Comenzaron las grandes inversiones de capitales en nuestro vasto suelo, disfrutando de amplias garantías.

Este proceder le acarreó las simpatías de los extranjeros.

En torno del nuevo Presidente comenzaron á trabajar los verdaderos amantes del adelanto, siendo testigos de los grandes alcances del señor general Díaz, único que pudo sobreponerse á las circunstancias.

Pues bien, todos estos innumerables apreciadores del mérito, forman el Partido Porfirista, cuyo jefe lo es don Porfirio Díaz, actual Presidente de la república. Entran en su composición los elementos más disímolos y heterogéneos, porque aparecen allí personajes de todas las nacionalidades y de todas las profesiones religiosas. Es el único partido que descansa sobre un pedestal formidable; constitucionalmente hablando, es invencible en las luchas electorales, porque tiene un gran número de partidarios, que dan la mayoría á su candidato.

También debo asegurar que el Partido Porfirista se compone de personas desinteresadas; que se han adherido á él, porque conocen la superioridad de su jefe y el gran prestigio de que ha sabido rodearse.

Así como entre los militares de combate supo captarse simpatías y confianza, así el señor general Díaz ha sabido atraerse la admiración de toda la nación como gobernante probo y honrado, trabajador incansable y de acierto é inventiva como administrador político.

Difícilmente aparecerá otro jefe de partido que tenga mayores virtudes y más altas prendas, porque hay muy pocos que sigan el principio que sentó él

mismo al subir al gobierno: POCA POLÍTICA Y MUCHA ADMINISTRACIÓN.

El Partido Porfirista casi adivina las indicaciones y la voluntad de su jefe, y lo sigue resuelto en todos sus actos, como que sólo se puede servir á un político cuando se conocen sus eminentes virtudes cívicas.